

El aduanero Rondán

DOS concursos de poesía (Ministerio de Instrucción Pública, Feria del Libro) eligen dos libros inéditos del mismo poeta, y ambos están dedicados al mismo escritor nacional: Enrique Amorim.

El autor es José María Rondán Martínez, salteño, 29 años, de profesión guardia aduanero en el Chuy, carrera que inició en su departamento el día que le dieron un máuser de 1913 con cargador de cinco balas y lo mandaron a cuidar la frontera de la patria.

—¿Y usted sabe tirar?

—¿Yo? ¡Dios me libre!

Lo pasaron a tareas administrativas, por eso, o porque desde su infancia venía llenando papeles con poemas bajo la influencia combinada de Bécquer y Herrera y Reissig. De ahí lo sacó Enrique Amorim: "Un día que le leí unos poemas sobre Cien manzanas (es un barrio pobre de Salto donde yo vivía), él trajo un libro del que me leyó unos versos, diciéndome que aprendiera a hablar directamente de lo que veía. Era Evaristo Carriego". Nace entonces su primer libro, inédito, de 1957: *Cien manzanas* se llama, así, claro, sin comedia y sin literatura.

Pero ya entonces había alcanzado las letras de molde, en el Cuaderno *Poetas Salteños*. "No me querían dejar entrar porque yo no tenía libro publicado, pero Enrique dijo que entonces tampoco él entraba".

Ya estamos en 1960 y está escribiendo los poemas que ahora premia el Ministerio ("yo me había olvidado; hace años que los mandé") y cuyo

título también debe a Amorim: *Genealogía*, para evitar un "Aquellos rostros amados" en que él había pensado. En 1962 acomete otro libro, *Patria chica*, una colección de romances a los cuales suma después su "Adiós a Salto", porque de esa frontera se traslada a la opuesta del país, y su "Carta a Enrique Amorim", testimonio de su devoción al amigo muerto:

Enrique: continúo
trillando este dolor de la poesía
recopilando el hambre de mi pueblo
en páginas maduras de esperanzas.

Al Chuy le debe dos libros. Uno ya publicado, en homenaje al bicentenario del héroe patrio, y llamado *Artigas compañero*. Lo prologa con entusiasmo Jesús Perdomo, explicando que el origen estuvo en un guion para una escenificación de "La refota" que se hizo en el Chuy el 19 de junio y de la que participó, prácticamente, todo el pueblo. El otro es el que premió el jurado de la Feria del Libro (Amanda Beranger, Milton Schinca, Washington Benavides), donde las influencias de sus poetas preferidos, Miguel Hernández, el Pablo del Canto General y, sobre todo, César Vallejo, le abren la posibilidad de explicar el mundo fronterizo en que vive. Es justo que haya concluido por titularlo *Latitud Chuy*.

Rondán se siente cómodo en su frontera. En el liceo tiene a su cargo un "taller de creación poética", donde concurren libremente algunos alumnos; escribe letras para un conjunto folklórico que dirige su amigo Perdomo, "Los orejanos", donde desde luego canta al "contrabandista", a la "Virgen de la Frontera", y a los tipos populares como "El taipero" o "El curandero"; tiene un vecino albañil al cual lee sus poemas y un cargo de aduanero que, desde Rousseau, es de prosapia ilustre. Pasa con tranquilidad de una poesía de aliento social, como *Artigas compañero* ("esa sí que le gusta a mi amigo el albañil") a una poesía subjetiva, vallejiana, de estructura más compleja ("no, de esa, no entiende nada") que le ha ganado la entrada por la puerta grande. Quizás él no sepa que recién ahora comienzan los desvelos. — A. R.

Latitud Chuy

MADURO en ojo, paso desvalido,
caminar caminante, fronterizo.
Duele la calle, manso libro herido,
duele la hoja que el invierno borra.

Me insultan los turistas con sus lujos
de fariseos en asueto;
me insulta el aire de este julio frío
filtrando hielo hasta mi piel, dejando
para mi beso bocacalles frías.
Cuánta paciencia tiene el ojo ciego
para hablarle a mi alma de paisajes.

En la línea de nadie, divisoria
de dos países con la misma pena
un fotógrafo viejo, mono triste,
prepara su armatoste fotográfico
para la foto pálida, sin suerte
que olvidará el turista en otro viaje.

Enfrente, la dentadura de algún árabe
vende sonrisa de oro, baratijas
que la polilla envía a la frontera.
Más adelante, siempre en brasileño
la senectud de un perro desenvuelto
su andar perruno hasta encontrar un hueso.
En uruguayo ato y me desato
los zapatos de siempre, me detengo
cuando encuentro algún tema como éstor:
un hombre emborrachando su miseria,
el mulato cantando,
una guitarra madrugando anhelos,
y un hombre blanco con un negro, hablando.